

EL DEPORTE EN AGENDA

Debates, ideas y encrucijadas del
deporte argentino actual



Ministerio de
Turismo y Deportes
Argentina



Escuela Interdisciplinaria
de Altos Estudios Sociales
IDAES_UNSAM

**El deporte en agenda.
Debates, ideas y encrucijadas del
deporte argentino actual**

María Florencia Blanco Esmoris y Diego Murzi
(compiladorxs y editorxs)

Prólogo de Matías Lammens,
Ministro de Turismo y Deportes

48. Clubes sociales y deporte comunitario: por una perspectiva feminista

Mónica Santino

Hay que arrancar desde el principio. Y en el principio están los clubes. Concebidos como la casa para albergar sueños de deporte, de juego y de encuentro. Fundados en la grupalidad que sabe construir las amistades. De esos sueños románticos en un contexto social favorable en nuestro país que dieron inicio a las asociaciones civiles sin fines de lucro. Un modelo argentino que con todos los avatares de las gestiones, gerenciamientos, idas y vueltas se mantiene con la fuerza de voluntad de sus masas societarias: son pocos los países en el mundo donde los clubes no están gestionados por las SAD (Sociedades Anónimas Deportivas). Argentina, orgullosamente, es uno de ellos.

Es a finales del siglo XIX y principios del XX que tienen origen buena parte de nuestros clubes, que se apoderan del fútbol y del ejercicio de ese derecho al juego. Crecen, avanzan, retroceden, se multiplican, interpelan al Estado, se vinculan, se gerencian, vuelven al principio, se declaran en quiebra y persisten. Bailan al ritmo de los vaivenes sociales y sus vicisitudes. Son parte del tejido social de manera insustituible. Son los espacios que abren sus puertas también cuando no hay lugares posibles para refugiarse del frío, el dolor o el hambre. Son los colores que muchas y muchos llevamos pintados en nuestros corazones. Son nuestra forma de explicar barrios, amigos, vínculos familiares. Son todas estas razones, sólidas como viejas pelotas *Pintier* blancas, las que hacen que los emprendimientos empresariales, los dueños de la riqueza —siempre pocos— no puedan en esta parte del planeta llevarse por delante lo que nos es propio por historia, tradición, lucha y trabajo.

En los clubes, cuerpos en canchas reducidas se mueven al calor de una vida de lazos, de sentires, de costumbres. Pero ¿dónde están las mujeres en los clubes? ¿Cuáles fueron los roles asumidos por las mujeres en estos espacios? ¿De qué manera formaron parte de la vida activa en las instituciones deportivas? Al recorrer la historia de los clubes se notará rápidamente que, así como en el ámbito privado siempre se cargó a las mujeres con las tareas domésticas, lo mismo casi como un mandamiento se cumplió en las “casas del deporte”. Acompañar a varones a las competencias o a entrenar, lavar las pecheras y camisetas, jugar a lo convencionalmente permitido y siempre espectadoras.

La historia de la fundación de uno de los clubes más importantes de la ciudad de Rosario en la Argentina ilustra la invisibilidad o el segundo plano al que muchas mujeres protagonistas de los clubes quedaron relegadas a pesar de estar a la altura de las circunstancias.

En 1884 Isaac Newell y Anna Margarita Jockinsen fundaron el Colegio Comercial Anglo Argentino, en la calle Entre Ríos al 200 de la ciudad de Rosario (Santa Fé). Juntos, Anna e Isaac. Sin embargo, ella nunca fue nombrada. Ejercía su profesión de maestra. Dejo cuerpo alma y corazón en la tarea. Tiempo después, el 3 de noviembre de 1903, el hijo de la pareja, Claudio, junto a un grupo de exalumnos fundaba el Club Atlético Newell's Old Boys de Rosario. Los colores eran el rojo y negro. Rojo por el origen inglés de Isaac, negro por la Alemania de Anna.

Resulta casi imposible encontrar registros del paso y del trabajo fundador de Anna Margarita por el club del Parque Independencia. Era una “extravagancia” que, a finales del siglo XIX, Anna Margarita dejara el lugar de la casa y habitara la escuela y el club a la par de su compañero. En la actualidad, miles de mujeres hinchas de “Ñuls” conformaron una peña que lleva su nombre. Una forma de reparar la historia. Una tarea titánica para encontrar fotos y testimonios de su recorrido. Si, una mujer también fundó a Newell's Old Boys de Rosario, y sin embargo está borrada de la historia oficial.

La historia de Anna delinea, visibiliza y permite entender relatos y experiencias similares que dan cuenta de los inicios de los clubes. En gran

medida, desenmarañar y quitar cerrojos a estas vidas es bucear la historia en clave feminista. Pero también es importante situarnos en el presente y preguntarnos qué están representando nuestros espacios deportivos por excelencia en este momento. ¿Cuáles son las imágenes de mujeres que nos devuelven? ¿Qué están reflejando o proyectando? Históricamente, las organizaciones sociales fueron y son la clave de la recomposición del tejido social. En ese sentido, son innumerables los proyectos deportivos comunitarios, algunos autogestivos, que se despliegan, por ejemplo, en muchos barrios de la Ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense. La gran mayoría giraron alrededor del fútbol, aunque también otras disciplinas tuvieron sus espacios.

Esas “comunidades deportivas sin techo” usan las canchas de los barrios como punto de encuentro. Son organizaciones que generan nuevas y nuevos líderes deportivos, y los planteos y necesidades que allí surgen superan los límites de la cancha. En estos espacios, la idea del deporte como herramienta de cambio social gana fuerza en palabras y acciones concretas. Sin embargo, no abundan los proyectos deportivos enfocados desde una perspectiva de género y líneas de trabajo orientadas al acceso al deporte para las mujeres y diversidades.

Contar la experiencia de *La Nuestra Futbol Feminista* contribuye a reflexionar sobre la temática y, al mismo tiempo, echa un poco de luz al asunto. Compartir esta vivencia, con ninguna pretensión de transmitirla como verdad revelada, sino como un puntapié inicial para seguir pensando el juego desde las preguntas a las que nuestro tiempo histórico nos convoca.

En *La Nuestra* se patean los pasillos de la Villa 31 en Retiro (Ciudad Autónoma de Buenos Aires), desde el año 2007. Un grupo de mujeres entrenadoras, educadoras populares y trabajadoras sociales ven con sus propios ojos que, en las canchas de fútbol, las pibas no pueden jugar. Que ese terreno de juego está siempre ocupado por varones. La primera batalla que se disputa es por ese territorio, espacio público por excelencia en los barrios, la cancha de fútbol. Lugar que se respeta a rajatabla aun con las necesidades de vivienda. Hubo que conquistarlo. A capa y espada. A pura rabia y cuerpo presente.

Así, el origen del club y la comunidad organizada se produjo alrededor de un derecho. Los varones comenzaron a correrse cuando las mujeres fueron muchas más, y demostraron a fuerza de entrenamientos bajo el calor, el frío, la lluvia y el sol que ese derecho a jugar les correspondía. Que ese amor inexplicable que surge en esa potente solidaridad, aquella que se gesta en el juego más maravilloso del mundo y puede disfrutarse por todas, todos y todes.

Cuerpos que ocuparon el espacio y se hicieron poderosos. Que entendieron que podían saltar, raspase las rodillas, cabecear, meter un cambio de frente. Que se podía jugar bien con otras. Cuerpos plantados y empoderados que ya no se dejaron llevar por delante. Pusieron la pelota bajo la suela y levantaron la cabeza, recuperando el orgullo y la dignidad villera colectivamente organizada. A partir de allí fue seguir tirando del piolín que generaba tamaña grupalidad.

Porque el fútbol se juega con muchas. Pasarse la pelota y tirar paredes se convierte en algo literal. Se derriban prejuicios y se derrota por ese rato de felicidad a los tiempos de postergación y dolor. La enseñanza del poder transformador del colectivo está ahí nomás, al alcance de la mano. Pararse en la cancha como en la vida se arma a partir de esas solidaridades, de las pequeñas sociedades que se construyen en el terreno de juego.

La compañera que corre al lado es imprescindible. Si no, no se puede jugar, ni se puede vivir. Se dijo muchas veces, muchísimas, (para que lo aprendamos) que las mujeres no podemos hacer nada juntas: que somos envidiosas y nos pegamos codazos por ascender a las metas del patriarcado. No es lo que construimos como deseo y práctica. Ese poder grupal que se construye jugando pone en evidencia que esa zanahoria que perseguimos durante toda la vida es irreal. Y la aproximación a esa verdad tiene olor a libertad. Los deseos propios son entonces como los goles que se convierten.

Vienen las palabras propias para contar todo eso que pasa. Y surge un lenguaje que nos identifica, nos representa y nos abre nuevos caminos. Hablar de fútbol feminista desde un barrio popular es sacar de la mera descripción intelectual la definición o el concepto de la interseccionalidad. Pensar en

un fútbol con conciencia política, de clase y de género es el camino propuesto para avanzar y seguir creciendo.

Espacios libres de violencia con conducción feminista. Así como hace más de cien años el Estado otorgaba tierras y beneficios a quienes se aventuraban en organizar comunidades alrededor del ejercicio del juego lo mismo queremos y deseamos para nuestros clubes. No para ser vistas como una amenaza a los privilegios montados durante siglos sino más bien para pensar sociedades más justas donde este derecho a jugar sea desde una perspectiva de derechos humanos y no una presa del mercado. Nuevos clubes que vamos a fundar. Techo y terreno propios para pensarnos, para construir y distribuir poder desde otros lugares y con otras lógicas.

Así, se le mete otro gol al patriarcado. Se comprende su significado a través del cuerpo, del territorio, del lenguaje y de los vínculos. No conocemos una herramienta más poderosa que este fútbol que practicamos para erradicar la violencia de género. Desnaturalizar esos sentidos comunes que inundaron la educación física, el deporte, las instituciones deportivas y las federaciones es la enorme tarea y el desafío que tenemos por delante. Nunca sin nosotras y nunca solas.